



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(José Luis Pellicer.)



—Dibujo como Dios. Mis creaciones resultan maravillas, pero... no vuelvo á hacer oposiciones así me lo supliquen de rodillas.

SUMARIO

TRAMA: De todo un poco, por Luis Tabuada.—(Qué cosas!, por Eduardo Bustillo.—Regidores de antaño, por Ángel R. Chaves.—La Chispa, por Eduardo de Palacio.—Suscripción popular, por Juan Pérez Zúñiga.—Cuenta catarro, por Alberto Casañal Shakery.—Cuenta saldada, por Antonio Montalbán.—Correspondencia particular.

GRABADOS: Instantáneas, José Luis Fellicer.—Parada en cuarta.—Actualidades (cinco viñetas).—La Chispa (cuatro viñetas).—Malestar, por Cilla.



DE TODO UN POCO

¿Green ustedes que todos los que han contribuido á la suscripción Cabriñana son seres escrupulosos, que aborrecen la inmoralidad y desean esclarecer los asuntos del ayuntamiento?

Entre los que figuran en las listas de suscripción hay muchísimas personas que se han

indignado de buena fe; pero hay otras muchas que han acudido á los periódicos con el único objeto de salir en letras de molde, para regocijo propio y el de su familia.

To sé de alguno que es capaz de comerse todos los fondos municipales y todos los carros de limpieza y todo el ramo de arbolados, y lo primero que hizo, cuando supo lo del plebiscito, fué dirigirse á *El Imparcial* con su perro grande, y decir al encargado de la recaudación:

—Ponga usted ahí: D Próspero Uñalarga y Caribe, idólatra de la moralidad y enemigo irreconciliable de todo chanchullo, 10 céntimos.

La familia Estriñete acudió también con su óbolo, no porque le importasen poco ni mucho las irregularidades del municipio, sino para darles en cara á las de Cochifritín, que salieron también con 5 céntimos cada una en el *Heraldo*.

—Venimos á ponernos en la suscripción—dijo la mamá de las Estriñete.

—¿Con cuánto?

—Pónganos usted 10 céntimos á mí y 5 á cada una de mis niñas y 15 á mi esposo, que tiene la cruz de Isabel la Católica. Quisiéramos figurar en el sitio más visible, para que se sepa que no negamos nuestro óbolo cuando se trata de la moralidad. Vaya usted escribiendo: Ursulina Estriñín, 5; Emeterita Estriñín, 5; Eleuterita Estriñín, 5; Robustiano Hormiguillo, novio de esta última, otros 5...

Una viuda de clases pasivas se apuntó con 10 céntimos, y decía la pobre, toda desconsolada:

—No puedo contribuir con mayor suma porque todo se está poniendo muy malo; pero estoy dispuesta á quitarme hasta la camisa en defensa de la moral. Escriba usted: «Inocencia Alegrate y Pajarón, viuda, 10 céntimos. Oso, 95, cuarto derecha. Se recibe un caballero estable».

—Señora, ¡eso no se puede poner!

—¿No? Pues yo he visto que, á pretexto de la suscripción, todo el mundo anuncia. Hoy, sin ir más lejos, viene el anuncio de varias casas de huéspedes y el de la tienda de comestibles del tío Pobreza. La suscripción debe ser igual para todos, porque si no es igual para todos no es tal suscripción.

Es indudable que existe mucha gente aficionada á la exhibición pública.

Tengo ya un amigo que envidiaba al hombre salvaje porque tenía la suerte de atraer las miradas del público y de ser objeto de todas las conversaciones.

Á cada paso leemos en los periódicos noticias referentes á la vida privada de una porción de caballeros á quienes no tenemos el gusto de conocer.

Por ejemplo:

«El Sr. D. Aniceto del Pedrusco ha pedido la mano de la bella Srta. D.^a Filomena Perrochato, para su hijo D. Celeste, distinguido flauta.»

¿Y qué? ¿Á quién puede interesar este asunto? Á D.^a Filomena y al flauta exclusivamente. Cuanto á nosotros, nos tiene sin cuidado que contraigan enlace ó permanezcan solteros toda la vida.

Y, sin embargo, los novios creen de buena fe que el país se preocupa de sus relaciones, y que todos los cabezas de familia leen el periódico y dicen sorprendidos:

—¡Hombre! ¡Cuánto me alegro!

—¿Qué pasa?—preguntan las esposas.

—¿Sabes quién se va á casar?

—¿Quién?

—Pedrusco.

—No le conozco.

—Ni yo; pero me alegro muchísimo.

Hay un tal Mollete que se pasa el año entero buscando la manera de que le citen los periódicos con cualquier motivo y en cuanto tiene ocasión dice á los periodistas:

—¿Quiere usted una noticia para la prensa?

—Sí, señor.

—Pues he estado en la cama tres días con un dolor en el bazo.

—¿Y qué?

—Nada; se lo digo á usted por si quiere ponerlo en su periódico.

Nunca falta un noticiero complaciente que publica la noticia, y el interesado sale á la calle lleno de júbilo y creyendo oír á su alrededor frases como ésta:

—Aquel del gabán color de pasa es Mollete, el que estuvo malo.

—¿Qué guapo es!

Su mayor felicidad consiste en que le pregunten los conocidos:

—Pero ¿qué ha sido eso?

—¿Cuál?—dice Mollete afectando desconocer el origen de la pregunta.

—Eso que dice la prensa. ¿No ha leído usted *El Mensajero de la Libertad bien entendida*? Pues dice que ha estado usted enfermo del bazo.

—No sabía nada. ¡Pero, señor! ¡Esos periódicos no le dejan á uno vivir! ¡Ni aun puede uno estar malo sin que lo sepa el país entero!...

Á mí me ha convidado á comer con grandes instancias D. Celedonio, sin que pudiera yo explicarme la razón del convite.

—Á usted le sorprenderá mi invitación—me dijo,—pero soy muy amante de la prensa y quiero celebrar los días de mi esposa, porque éste es el primer año que pasa fuera del lecho. Todos los demás años, por esta época, daba á luz indefectiblemente.

Tuve que aceptar el convite y que comer una carne estofada lo mismo que cordobán y unas alcachofas rellenas que parecían estropejos. En la mesa éramos unas catorce personas y cinco niños y estábamos los unos encima de los otros, como en el tranvía.

Cuando llegaron los postres hubo brindis, y el primero que se levantó fué el amo de la casa para decir una porción de estupideces sobre el hogar doméstico en sus relaciones con la prensa periódica y con la emulsión Scott, base de la salud de la infancia.

Al concluir me llamó aparte para decirme:

—Hágame usted el obsequio de tomar nota de mi discurso. Tengo interés en que salga en los periódicos; porque ¡le voy á ser á usted franco! yo aspiro á la diputación á Cortes por Chiya, que es mi país natal.

Luis Calçada.

¡Qué cosas!

Murieron Ayala,
García Gutiérrez,
y Hartsenbusch y Serra,
y Arrieta y Barbieri.

Luto nos dejaron
sobre sus laureles,
como esos varones,
otros que aquí tienen

obras inmortales
que nos los recuerden,
Han de ver por ellos
las futuras gentes
que en la noble España
brilla el genio siempre;
que, si siglo de oro
hizo al diez y siete,
deja de él fulgores
en el diez y nueve.

Ingenios dramáticos
que en España mueren
legando á su patria
su gloria perennel
Yo he visto á más de uno
hallar en su muerte
de deudos y amigos
las cristianas preces.
Pero la voz pública
sonaba tan débil;
era en panegiricos
la prensa tan breve,
que la flor patriótica
parecióme á veces
pobre flor de un día
bajo los cipreses.

Y ahora muere Dumas
y, desde el Pirene,

llenan toda España
glorias de franceses.
Nunca nos honraron
ellos de esta suerte:
la prensa movida
seis días ó siete;
largos telegramas,
columnas de hipóboles
para el atrevido
dramaturgo célebre.

Y artistas y autores
que á cantar le vienen,
ó á pagarle un poco
de lo que le deben,
ó á llorar que Tebas
sin camino quede
para hacer un viaje
traductoramente.

.....
.....
Para los ingenios
que el laurel merecen,
patria es todo el mundo,
no habrá quien lo niegue.
Pero el patriotismo
justo es que comience
por la propia patria...
¡digo, me parece!

Eduardo Bustoillo.

REGIDORES DE ANTAÑO

(COSAS DE DOS SIGLOS HA)

Del Salvador en la plaza,
y un oscurecer por cierto,
de este modo dos hidalgos
daban suelta á la sin hueso:
—Anda revuelta la villa,
que en la casa del concejo
cosas, ni limpias, ni claras,
dicen que se han descubierta.
—Se cuenta que hay regidores
que sus varas han depuesto
y otros que andan enredados

en yo no sé qué procesos.
—La sala de alcaldes cartas
ha tomado ya en el juego
y por resmas se emborrona
el nuevo papel del sello.
—Personajes principales
se señalan como envueltos
en cosas que el vulgo llama,
con razón ó no, cohechos.
Se mientan maravadises
que se contaron por cuentos...

—De brujas ó aparecidos,
pero que no parecieron.
—Hay regidar á que achacan
ser Raimundo Lulio nuevo,
que, más feliz que el pasado,
traeca en oro los empedros.
De otros, menos alquimistas,
dicen que, limpiar queriendo
la suciedad de las calles,
sólo bolsillos barrieron.
Refieren que hay quien consigue
por arte de encantamiento
trocar en ricos palacios
hasta haldíos y yermos.
Y mientras pur hacendosos
unos aspiran á premios,
volviendo á dar por flamantes
no sé qué artefactos viejos,
otros, por honrar sin duda
la profesión de logreros,
venden en las hosterías
oficios de regimiento.
—Pero esta vez el castigo
será ejemplar y tremendo
para aquellos que resulten
culpables.

—¡Pues no ha de serlo!
El popular, irritado,
reclama ya un escarmiento,
y hasta el rey en el asunto
ha mostrado tal empeño
que, por lo menos, desquite
hemos de hallar todos viendo
qué salen á la vergüenza
los que jamás la tuvieron.
—Bien hecho, por vida mía,
que es justo dar el ejemplo
en castigar á los grandes,
dando amparo á los pequeños.

Á esto llegaba la plática,
cuando un soldado, que oyendo
estaba junto á una esquina
tan rectos razonamientos,
cortés llegó á los hidalgos,
en una mano el sombrero,
murmurando:
—Me perdonen

ustedes, pero sospecha
que mejor que á la experiencia
su recta intención oyendo,
auguran á este negocio
muy distinto acabamiento.
Recuerden vuestras mercedes
que no es esto caso nuevo
y jamás con regidores
que hacer tuvo el pregonero.
Después que se escriba mucho
y que se grite no menos,
todos á empujar sus varas
volverán con gran contento,
y mientras limpios de culpa
vuelven todos al concejo,
tan corridos como monas
los demás nos quedaremos.
Y por Dios, que el desenlace,
que claro como el sol veo,
más que por los gritadores
por los que callan lo siento,
que yo no sé dónde he oído
qué el tan que ladra más recio
ser suele aquel que al recino
ve llevarse el mejor hueso.
—¡Puede que el seor soldado
tenga razón!

—¡Si la tengo!
Y el mal es que á tal dolencia
nunca se hallará el remedio.
—¡Eso no, por Cristo!—á una
los dos hidalgos dijeron.—
Malo es el tiempo que corre,
mas tras él vendrá otro tiempo.
—Si á dos siglos de distancia
resucitais, sospecho
que, aunque con otros collares,
hallarais los mismos perros.—
gruñó el soldado, á las cejas
se echó nuevamente el fieltro,
y como á las oraciones
tañera más de un convento,
á cumplir como cristianos,
mohinos, se dirigieron,
hacia San Justo el intruso,
los otros al Buen Suceso.

Angel R. Chaves.

Parada en cuarta.



—Hijo, como hace más de quince días que no vas por allí, me he decidido yo á venir á tu casa.
—Pues... ¡cuánto siento que te hayas molestado! Porque no tengo ni cuatro pesetas.

Actualidades.



—Juan Sánchez, 10 céntimos.—Pablo Sánchez, 5.—Luis Sánchez, 50.
—Isidoro Sánchez, 40.—Eteivina Sánchez, 30... ¡Cómo se han indignado los Sánchez contra el Ayuntamiento!

—¡Hombre! ¿Dónde va usted con tanta prisa?
—A las afueras á llenar el padrón municipal, porque en casa todas las habitaciones son chicas y no cabe extendido.



—Desengáñese usted. Lo que le vale al marqués de Cabriñana es que, además de moralidad, tiene puños. Si no tuviera más que moralidad... estábamos frescos.



—¿No decía que Juanito era una persona desconocida? Pues aquí le tienes; viene su nombre en los periódicos: Juan Iturzaeta, cinco céntimos.

—¡Aquí lo que había que hacer era una manifestación imponente, entrar en la casa de la Villa y... rebajar los derechos del vino.



La Chispona.

—¡Ay, hijo, qué cantaora! ¡Qué mujer! ¡Qué voz tiene! ¡Aquello es un consuelo! Parece como que se entreabren las puertas de la gloria y asoma ella los labios, suspirando por melodía.

—Pero ¿un hombre tan serio como usted, tan respetable como usted, tan feo, dicho en el buen sentido de la palabra, como usted, asiste á esos cafés de canto?

—¿Y qué?

—¿Expuesto á mil contingencias, entre aquella gente! —¿Expuesto, eh? Sí; está usted fresco. Usted no conoce al personal. En ninguna parte está uno más seguro y más tranquilo que allí, entre esa gente á que usted alude. ¡Qué cortesés, qué campechanos! Les convida usted...

—¿Y admiten en seguida?

—En seguida.

—Lo creo.

—O le invitan á usted... y...

—¿Le cuesta á usted trabajo no pagar? Lo creo también.

—Pero, sobre todos, ella. Usted no puede ni sospechar la distinción de modales de esa mujer. Por supuesto que su padre era un caballero, en toda la extensión de la palabra.

—¿Plaza montada, eh?

—Pero, hombre, ¿por qué ha de tener usted esa manía contra esa pobre gente? La chica es de Linares.

—¡Yal!

—Su abuelo fué uno de nuestros primeros capitanes.

—¿Gonzalo de Córdoba?

—¡Ay, qué gracioso, hombre, qué gracioso!

—¿Y el padre?

—El padre ejerció cargos muy importantes.

—¿Según dice ella?

—Sí, señor, y bien se conoce que la muchacha ha recibido esmerada educación.

—¿Y ese mote de *La Chispona* se le aplicó su papá?

—Costumbres populares de allá abajo; cosas de las mismas compañeras: una se pone el alias de *La Desajogada*; á otra la llaman *La Liebre*, á otra la dicen *La Boqueronera*, según...

—Pues la noche que usted menos lo piense, le dan un volapié que le parten.



—O el guitarrista...

—Que le dé á usted una claviija...

Qualquiera de ellos que le llame «amigo», se mata por usted.

¿Quién era el guapo que desmentía á D. Celedonio?

Estaba más loco que una cabra, como decían de él en el café. Un hombre que había llegado á los cincuenta y cinco años de edad soltero, por no haber encontrado su media naranja, en cuanto vió y oyó á *La Chispona*, que era una preciosidad, perdió el juicio.

La muchacha tendría hasta sus veintidós ó veintitres años. La mejor edad, según D. Celedonio, para unirse, siquiera fuese «morganáticamente», con un hombre «hecho».

La mejor edad para tomar abuelo. El galán no dejaba de ir una noche, ni en invierno ni en verano, al café, donde funcionaba Carmela *La Chispona* hacía año y medio.

Mudó ésta de empresa y de establecimiento y D. Celedonio también.

Como le decían el tocaor de guitarra y el maestro cantaor de Carmela:

—Usted ya es de la cuadriya.

Estas confianzas engordaban á D. Celedonio.

El tocaor era un buen mozo, muy amigo del caballero trovador, pero más de *La Chispona*, en opinión del público.

¡Y que no le había costado ya dinero á D. Celedonio «la conquista de Linares», que decía el muy calavera!

Pero todo lo daba por bien empleado.

Verdad es que no había llegado á declararse.

En cenas, en obsequios y regalitos y aun en préstamos á la artista y á sus compañeros, y en particular al tocaor, llevaba gastado un dineral.

Concluyó por vestir poco menos que de corto.

Se compró un sombrero de ala muy ancha y de color claro. La primera noche que se presentó en el café con aquel sombrero y una cazadora corta consiguió una ovación en el público y entre los «artistas».

—¡Ole ya!

—¿Pica usted esta noche?

—¡Ay, qué hijo de la gran... Pastora! ¡Pues no viene vestido de mejicano!

Al hombre no le cabía la satisfacción en el pellejo.

Carmela le felicitó, diciéndole:

—Que le va á usted mu bien ese sombrero. Paese usted ar Charpa, que en paz descanse.



—¡A mí? ¡Qué inocente es usted, y cómo se ve que no conoce el personal! Yo voy *indulias* por todas partes: el que me toque á mí, «tiene pena de muerte». Ellos mismos «le hacen polvo». ¡Pues no me quieren á mí, casi, todos los artistas de la casa, y la reunión! Como que ésa es la gente *chípén*, de corazón y con nobleza. Diga usted que el cantaor que le dé á usted la mano, ó el bailaor...

—Que le dé á usted el pie...

—A quien le paese—observó el tocaor amigo de *La Ocho-pa*—es ar *Bombita*, aunque una mijita más pasao.

¡Noche terrible, noche lúgubre fué aquella para D. Celedonio!

Ya había franqueado su corazón á Carmela, y se atrevió á visitarla en su casa.

Llegaba el principio del fin.



Mientras D. Celedonio se limitaba á obsequiar á la artista y á los compañeros de Carmela, y á gastar el dinero ó á prestarle sin réditos ni esperanzas de cobro, y acompañar, golpeando con el bastón en el suelo, como un individuo del cuerpo de coros ó de jaleadores flamencos, todo fué bien.

Pero en cuanto manifestó sus aspiraciones... «se acabó el carbón», como él mismo había aprendido á decir entre aquella gente.

Ya habían sobrevenido cinco ó seis «broncas» en el «salón», digámoslo así.

La noche estaba nublada.

La temperatura muy cálida.

De repente, como suelen ocurrir esos acontecimientos, sintió D. Celedonio un golpe en la mejilla derecha, cuando contemplaba con deleite virginal á Carmela, fijos en ella dos ojos de besugo en salsa, y aspirando las coplas que salían de aquella garganta de cisne de «ayá abajo».



Al pronto creyó el trovador del teatro antiguo que le habían favorecido con una bofetada.

Pero ¿dónde estaba la mano? ¿Dónde estaba el dueño de la mano?

Sobre el velador se veía media tostada de abajo.

Aquél era el proyectil, aquélla era la mano...

D. Celedonio se levantó como un guapo, y desafió á los presentes y á los peces y á los mariscos.

Lo mismo que él había leído del Cid, á quien veneraba como á uno de los primeros picadores de toros.

Después...

Después, cuando volvió en sí, se hallaba en la casa de socorro del distrito, lleno de confusiones y de contusiones de todos los grados y hasta con el grado inmediato.

Lo que le decían los amigos:

—Y puedes dar gracias á Dios porque no te han vaciado el vientre.

Eduardo de Palacio

Suscripción popular.

(DIALOGO DE OCHO DÍAS HA)

—Buenos días, señor Pepe.

—Felices, señá Gervasia.

¿Cuántos perros va usted á darnos aquí, en mi taberna honrada, pa la suscripción solegne que han abierto al Cabriñana?

—Hijo, poco pué dar una; que están las cosas mu echadas á perder. Pero, en fin, bueno; si dan otras parroquianas, yo doy lo que la primera; sí señor. ¡Tendría gracia que por una porquería de un perro, yo me quedara por debajo de la Pepa, de la Antonia y de la Juana!

—La Paca vino antinoche y me dijo, puesta en jarras: «Señor Pepe, á ver la lista que ha abierto usted en su casa pa que la honradez del barrio figure en ella. Usted séquela y apúnteme un perro chico. Y no pa que el Cabriñana pague na con él, que un perro es una significancia, sino pa dar mayormente con mi apellido en las napias al concejal que el domingo quiso faltarme en la plaza».

—¿Y usted la apuntó?

—Por éstas; lo que es que ella no dió nada.

—¡Vamos!

—Después han venido porción de gentes honradas á que les apunte.

—Y ¿cuánto...

—Una perra gorda, el ama del prencipal; otra perra Currinche... el de las estafas... y otra perra la querida del cerrajero. Otras varias personas de más posibles, del comercio y de la banca, me han largao media peseta ó dos realillos de plata. Roque me ha dao veinte céntimos. La Paz me ha dao diez, y el Chancía,

que va con ella á toos lados y que tié honradez probada (porque la ha mamao del padre que le crió), me ha dao tantas espresiones pa usted cuando la viera.

—Muchísimas gracias.

—Ya ve usted que entre toos ellos no tienen, señá Gervasia, ni un mal jergón, donde puedan de noche estirar las patas. De modo que usted, que tiene á Ugenio y al Pocalacho, que cada cual por su lado

la dan lo que la hace falta, bien puede usted...

—Daré un perro.

—¿Se habrá quedado usted calva!

—¿No he dicho que lo que diese la primera? ¿Y no fué Paca la que emprendió la lista con un perro?

—¡Mia qué guasal!

—Pues eso doy yo; lo mismo que la primera donanta. Saldré en las letras del molde de *El Liberal*, y en toa España leerán: «Gervasia la Gorda, diez céntimos». Con la ganga de las listas, en too el mundo saben ya como se llaman los horteras, los coristas, los mozos y las criadas de Madrid.

—Pues yo soy franco.

Si en esto meto la pata, no es por largar un anuncio de mi taberna de guagua. Si ajunto unos perros chicos pa el marqués, señá Gervasia, solamente es pa que coste que yo tengo sangre honrada, y que to lo que me esijan en defensa de la causa de honradez, moralidad y todas las circunstancias de aseo que un municipio debe tener, no es guayaba, lo doy, y si hay que robarlo, lo robo. Porque hace falta barrer el ayuntamiento.

—Sí, señor, sí; que lo barran y pongan otros *dediles*, que es como creo que llaman los papeles á esos méndigos que nos chupan las entrañas en la plaza de la Villa.

—Choque usted, que en esta causa somos *costáneos*.

—Conque me voy, porque aquél me aguarda. Ahí queda mi perra chica.

—¿Tié usted otra menos falsa?

—¡Jesús y qué escrupuloso se me ha vuelto usted! Mañana se la traeré, señor Pepe.

—Bien está, señá Gervasia.

.....
Vaya, guardemos la lista, y volvamos á echar agua en los cántaros del vino pa que así crezca otrá misja. ¡Reontra y qué ayuntamiento! ¡Qué escándalo! Nada, nada; hay que echar á esos *dediles*, que son el blandón de España!

Juan Pérez Quiroga.

Cuento baturro.

(PREMIADO EN LOS ÚLTIMOS JUZGOS FLORALES CELEBRADOS EN CALATAYUD)

No sé si fué á la feria de Ribota
ó á cuál, caro lector,
porque de esto no dice ni una jota
ningún historiador,
donde, muy de mañana,
de su amada mujer en compañía,
dejando á la ciudad bilbiliana,
se dirigió un baturro cierto día.
La historia no nos cuenta
si el viaje aquel lo había decidido
por hacer en el pueblo alguna venta,
ó si fué por llevar á su *parienta*
á que pasara un día divertido.
Pero esto no hace al caso,
y sin meterme á averiguarlo, paso
á decir que la esposa del baturro
en un burro, delante, iba sentada,
y vigilando á la mujer y al burro
iba mi hombre detrás sin decir nada.
Á mitad de camino,
comprendiendo la falta que le hacía
recuperar las fuerzas que perdía
con un trago de vino,
sacó la bota, llena todavía,
y ¡qué trago echaría
que, después de beber, quedó la bota
sin una sola gota!
Y aquí empieza lo bueno del relato
que á mis lectores de contarles trato.
Mientras se hallaba mi hombre entretenido
bebiendo, aprovechando aquel descuido,
sin que nadie se pueda explicar cómo,
echó á correr el burro,
llevándose sentada sobre el lomo
á la baturra, esposa del baturro.
Tan ligero partió que, según cuenta
quien presenció la escena, en un momento
se encontró el de mi cuento
sin burro y sin *parienta*.
Apenas se enteró de lo ocurrido,
quedó el hombre aturdido,
y mientras decidía
qué es lo que hacer entonces convenía,
ahogado por la pena,
afirma el que se halló en aquella escena
que el baturro decía:
— *Guena* la hicimos, *guena*.
¡Quién iba á figurarse que el *Pardico*
(el *Pardico*, lector, era el borrico)
me iba á *juar* la partida
de *apretar á correr* con mi *Simona*!
¡Él, que toda su vida
ha sido más formal que una *presona*!
Pensando así quedó un momento
en medio del camino,
y aligerando el paso el de mi cuento
se fué después en busca del pollino.
Y al ver que resultaba
inttil cuanto hacía,
pues por ninguna parte aparecía
los que con tanta decisión buscaba,
sentóse en la cuneta del camino
y un instante después, mirando al cielo,
maldiciendo su sino,
exclamaba con hondo desconsuelo:
— *Siñor*, este *matraco* te suplica
que le *güelvas* á dar su *mujercica*.
Bien sé que si la pierdo
me moriré en seguida de tristeza.
¿Quién cómo ella hará en casa la limpieza?
¿Quién *cuidiará* del cerdo,
á quien ella, *Siñor*, seguramente
le tiene más cariño que á un *pariente*?
Aunque dicha tan grande no merezca,
yo, *Siñor*, te suplico
que hagas por que parezca
mi *Simona*, montada en el *Pardico*.
Después que á Dios le dirigió este ruego,
quedó tranquilo, recobró el sosiego
y, algo más animado,
prosiguió su camino
el baturro del cuento, confiado
en que, antes de dos horas, el pollino
y su esposa estarían á su lado.
Pero ¡ca! ni uno ni otro parecía
y eso que estuvo andando todo el día.
Volvió á mirar al cielo y aturdido
dijo, casi llorando, lo siguiente:

— *Siñor*, si complaciente,
por favor te lo pido.
Sin mi esposa me mzero, de seguro,
y al quitarme la vida, en un apuro
de primera, además, al pueblo pones,
pus á la vista salta
que en tiempo de *elecciones*
hace en él mi *presona* mucha falta.
Volvió á callar. Tranquilizóse un poco.
Continuó como un loco
andando, sin dejar la carretera,
y viendo que tampoco
estaba por allí su compañera,
se volvió á detener, y convencido
de que no la iba á hallar, así el baturro,
dijo: — Si has *dicidido*
que á mi mujer *pa* siempre *haiga* perdido,
y haciéndote estas súplicas te aburro,
me conformo, *Siñor*. Sólo te pido
¡que hagas al menos por que encuentre al burro!

Alberto Casañal Shakery.

MALESTAR



— Pues señor, desde que en Cuba han empezado las operaciones en gran escala, hay más filibusteros y menos gente que pague café con media.

CUENTA SALDADA

Tu amoroso juramento
y mi rendida promesa
fueron como la pavesa
que arrastra un soplo de viento,
y, la verdad, ni me pesa
ni lo siento.
Creo que nuestra pasión
tuvo más de excitación
nerviosa que de cariño;

algo como el sarampión;
cosas de niña y de niño.
Porque al tiempo de empezar
á discursir y á crecer,
dióme á mí por cavilar
que no eras tú la mujer
que yo debía buscar;
y tú debiste de ser
de igual modo de pensar,

puesto que, sin más motivo,
de la noche á la mañana,
no volviste en tu ventana
á verme muerto ni vivo,
y hoy me ves, de mala gana,
á través de esta... galana
epístola que te escribo.
Ni yo tampoco volví
á verte jamás á ti,
y hoy, como tú á mí me ves,
te estoy yo viendo á través
de carta que recibí.
En la cual me manifestas,
con el título de amiga,
unas cosas tan molestas
como estas
que es forzoso que te diga.
¿Conque hace días que tienes
marido, condado y bienes
de fortuna,
y viajas por... la trocha
que ilumina vuestra luna
de melococha?
Pues no me causa sorpresa,
que yo también, hija mía,
me he casado, y no me pesa,
con una ilustre princesa...
de su casa y de la mía.
Logramos los ideales
deseados
y estamos los dos casados
y estamos los dos iguales;
¿á cuento de qué me sales
con títulos y condados?...
¿Usted aplaca su sed
de codicias y ambiciones
con títulos y blasones?

Pues que le aproveche á usted.
Yo, de cariño sediento,
ante una humilde persona
busqué alegría y contento,
y tan dichoso me siento
como usted con su corona,
y... perdona
que te suba el tratamiento.
El caprichoso destino
te hizo rica y me hizo pobre
cuando á adjudicarnos vino
un pozo de agua salobre
y un arroyo cristalino.
¿Que al arroyo puede un día
alcantarle la sequía?
Á negarlo no me atrevo;
pero mientras no se acabe,
¿tú no sabes qué bien sabe
el agua que yo me debo?
¿Que tú vives descuidada
con el agua asegurada?
Pero entiende, criatura,
que al motivo de tu gozo
no se le irá la amargura
hasta que se seque el pozo.
En fin, y sin más motivo,
porque me escribes te escribo,
y para que no te excuses,
te ruego que no me acuses
á estos renglones recibo.
Sé que tu marido es viejo,
y voy á darte un consejo
y el peligro te señalo:
que lo de escribirme cese,
porque es un síntoma ése,
señá condesa, muy malo.

Antonio Montalbán.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Leugim.—El caso es que, aunque hubiera alguno aprovechable, mientras le pido á usted la firma, usted la manda y yo lo público... ya se ha pasado la oportunidad para insistir sobre los concejales.

Sr. D. V. G.—Empieza el soneto:

«La libertad pide el filibustero
con empeño sostiene la campaña,
mancillar quiere el pabellón de España
por ser imbécil y vil usurero.»

Todo lo cual puede que sea verdad, pero... los versos no están bien medidos.

Sr. D. A. L.—Mucho siento repetir en esta ocasión que no podemos admitir artículos.

Sr. D. J. B.—Efectivamente, una escena suelta de un drama... no creo que encaje en el Madrid Cómico.

Sr. D. M. B. Z.—Lo de los muertos, como lo de los vivos, ha de tener algo de *miga* y no concretarse á decir que salen de las tumbas, celebran el festín y se vuelven á las tumbas. Además... huya usted de las asonancias.

Sr. D. E. L. S.—Casi ninguno tiene la medida precisa. Tanto da pecar por sílaba de más como por sílaba de menos.

Sr. D. J. J.—Hay que abandonar la idea de hacer versos á la guerra de Cuba. Porque por casualidad sale uno bueno.

Sr. D. F. C.—Aunque quisiera no podría publicar el artículo. Porque para la prosa no hay espacio. ¡Créame usted!

K... etc.—Amigo, no hay que poner como pseudónimo el nombre ó apellido de una persona conocida, porque la contestación es imposible. Respecto á la composición... eso de que se ha de buscar en el matrimonio el dinero y no la belleza es un positivismo humorístico del año de la Nara.

Valmajour.—La égloga podría pasar, porque el final tiene cierta gracia, pero peca de larga y diluida.

Asdrúbal.—No puedo aprovechar ninguna, porque la única que tiene saliente, la del Dante, es... de Ventura de la Vega. Ó por lo menos á él se lo atribuyen con una expresión demasiado gráfica por cierto.

Sr. D. E. P.—Descuida usted un poco la forma. No puedo detallar, porque... no hay tiempo.

Un poeta que sabe.—Pues sí, señor, se la voy á publicar á usted entera, sólo por dar en la cabeza á ese que duda de que usted haga versos:

«Á MI BECINA

Tus ojos me encantan de sobre manera
que me encienden de pasión, cual la madera
que la hechan en una hoguera
y tu cuerpo de palmera
al pasar por tu lado hace que diga
mi voca
que eres muy hermosa
y olé salero
que bivan los cuerpos zaragateros.»

Y usted dispense las faltas de ortografía, que son de usted precisamente.

Sr. D. F. A. C.—Si llegaron, pero tuvieron mala suerte, como la de hoy, porque no pude aprovecharlas.

Sr. D. S. C.—El cuento es demasiado conocido y está contado, además, muy latamente.

Sr. D. P. L. M.—Á mis contestaciones anteriores me atengo. No piense usted nada malo, porque no he cambiado de opinión, á Dios gracias.

El Longa y el Chori.—Fuertecitas son todas
las menudencias,
y harán que se subleven
muchas conciencias.

Sr. D. J. G.—Peca de vulgar. Y no diga usted nunca *súbdito* por *súbite*, porque son cosas muy distintas.

Uno del montón.—No es feo el chiste, pero resulta poquita cosa para sesenta versos.

Capitán Pantalla.—Sigue la desgracia. Tampoco es posible utilizar cosa alguna.

Robinson y Faraón.—De lo político no hay que hablar siquiera, sobre todo cuando no tiene pizca de gracia. A *Faraón* debo advertirle particularmente que el verso

«Si al amor igualado has»
tiene una sílaba más de la marca.

Manolé.—¡Tristes! ¡muy tristes y muy sepulcrales!



COGNACS

Puros de vino garantizados
Elaboraciones y Soleras desde 1887

GRAN DESTILERIA SISTEMA A VAPOR CHARENTAIS
7 Grandes Medallas de Oro; 35 Medallas y Diplomas.
BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA
Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL
TAPIOCA-TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES
MADRID—La granja de los Niños de M. G. Hernández, Libertad, 16 desp.º